

Hommage à Méliès

Les 31 mai, 1er. 2 juin à la Cinémathèque, plus de trois heures de spectacle

El nombre de Georges Méliès está, para la mayoría de los aficionados, envuelto en la bruma de la historia del cine. Es verdad que la obra de Méliès terminó hace más de siete décadas, y eso lo convierte automáticamente en un dato lejano reservado a especialistas, ciertamente distante de un cine cuya capacidad de espectáculo no ha cesado de crecer. Cuando alguien se entera de que Méliès inventó el espectáculo cinematográfico, cree tener apenas un dato de historia. Ver los films de Méliès significa algo más: poder descubrir, en una obra tan temprana, los rasgos, las leyes, los mecanismos que rigen a ese espectáculo. Y estos mecanismos han variado mucho menos, por cierto.

Muchos historiadores han señalado un valor menos histórico y más permanente. Se trata de descubrir en Méliès no sólo al eficaz diseñador de trucos cinematográficos, sino a ilusionista que aprovecha al cine con las herramientas más nobles de la profesión: una deliberada ingenuidad, un cierto sentido poético, una intención de sorprender al público confiando en su gusto y sin desdeñar su inteligencia.

No es por casualidad que los homenajes a Méliès, comenzados a poco de su muerte, intensificados cuando el centenario de su nacimiento (1961) y proseguidos luego, sigan despertando interés en los aficionados. Sobre todo cuando estos homenajes no significan sólo rememoración de un nombre famoso, sino la posibilidad de descubrir parte de la obra del realizador. No los 503 films que hizo Méliès entre 1896 y 1913, sino una cincuenta seleccionada entre los 150 que se han encontrado. La historia del cine está llena de baches, porque lamentablemente los archivos cinematográficos son más recientes que esa historia.

Esta muestra de films de Méliès llega a Montevideo el 31 de mayo. La organizan la Alliance Française y Cinemateca Uruguaya, con el aporte fundamental de la asociación Les Amis de Georges Méliès (fundada en París en 1961) y la colaboración de Air France. Como dese hace más de veinte años, Madeleine Malthête-Méliès, nieta del realizador, acompaña esta gira extranjera con films de su abuelo. Y como en el 900, las proyecciones se acompañan con música al piano; en Montevideo, la encargada de la tarea es Renée Petrafesa. Los aficionados al cine (y no sólo a su historia) pueden acercarse al concepto de espectáculo según Georges Méliès.

A fines de 1895 Georges Méliès fue invitado a ver el primer espectáculo cinematográfico de los hermanos Lumière. Ese espectador tenía un especial interés en el asunto, porque él mismo era un hombre del espectáculo: regentaba el teatro Robert-Houdin, dedicado principalmente al ilusionismo. Ante esa muestra primitiva, Méliès advierte posibilidades y quiere comprar la patente de la cámara Lumière. Ellos no la venden, porque (dijo Méliès) Quieren conservar el secreto mecánico del aparato, o quizá porque (dicen otros) no creen en el futuro de su invento, atribuyen el éxito a la novelaría del público y no quieren estafar a nadie. Pero Méliès, que era además un experto mecánico, obtiene algunos bocetos de cámara inglesas y arma él mismo una filmadora. De inmediato, a los 34 años, se pone a hacer films que exhibe en el Robert-Houdin, a menudo como parte de los shows de ilusionismo. Tempranamente descubrió el efecto de sustitución de una imagen por otra en la pantalla, y lo utilizó intensamente para hacer aparecer y desaparecer multitud de personajes a gran velocidad. Los films iniciales eran breves, pero para la época

tenían una duración corriente, que se fue estirando con el tiempo y llegó en quince años a unos veinte minutos o poco más.

Como los Lumière, también Méliès respondió a novelarías del momento: hizo documentales, armó pequeñas anécdotas humorísticas, y filmó algunos de sus números de ilusionismo. Pronto superó esa etapa. Ingresó en la filmación de temas dramáticos y en la reconstrucción de noticias de actualidad, la más resonante de las cuales fue el film que dedicó al caso Dreyfus en 1899. Pero su dominio permanente y característico fue la llamada "féerie": un espectáculo lleno de trucos con seres fabulosos que surgen de pronto o se disuelven en el aire, y que llegan cabalgando en la luna o en estrellas y esparcen por todos



lados sus pases mágicos.

Puede decirse que si Louis Lumière inventó el cine, Georges Méliès inventó el espectáculo cinematográfico en sentido propio, sorprendiendo espectadores durante muchos años y arrojándolos al cine en número creciente. No es casual que sus films hayan sido intensamente imitados (en la misma Francia, en los Estados Unidos) como receta segura de atracción pública. Méliès resulta así un eslabón imprescindible para que el cine perdurara sin agotarse en una novelaría pasajera.

Además, resultó un creador. Los films de Méliès existen en un universo propio, artificial, distinto del real, estilizado, a veces poetizado, cuya única consistencia está en su calidad de objeto filmico: la técnica

se usa para alterar el espacio y el tiempo, creando coordenadas propias que llegan a convertirse, así, en un objeto artístico. En sus películas iniciales Méliès impulsó un sesgo creativo, que otros realizadores diversificarían luego; pero durante muchos años fue quizá el único autor cinematográfico cuyas obras no se debían exclusivamente a la capacidad de registro mecánico de la cámara filmadora. Muchos testigos lo han recordado planeando y realizando sus breves films con la dedicación y el gusto de un artesano entusiasta, y llegó a ofrecer películas esforzadamente coloreadas a mano (había que pintar cada uno de los fotogramas de la película; dieciséis o dieciocho de ellos, uno detrás de otro, se proyectan en sólo un segundo). Ese universo en que coexisten la fantasía, la tecnología y la ingenuidad, explica quizá que Méliès haya sido llamado el Jules Verne del cine.

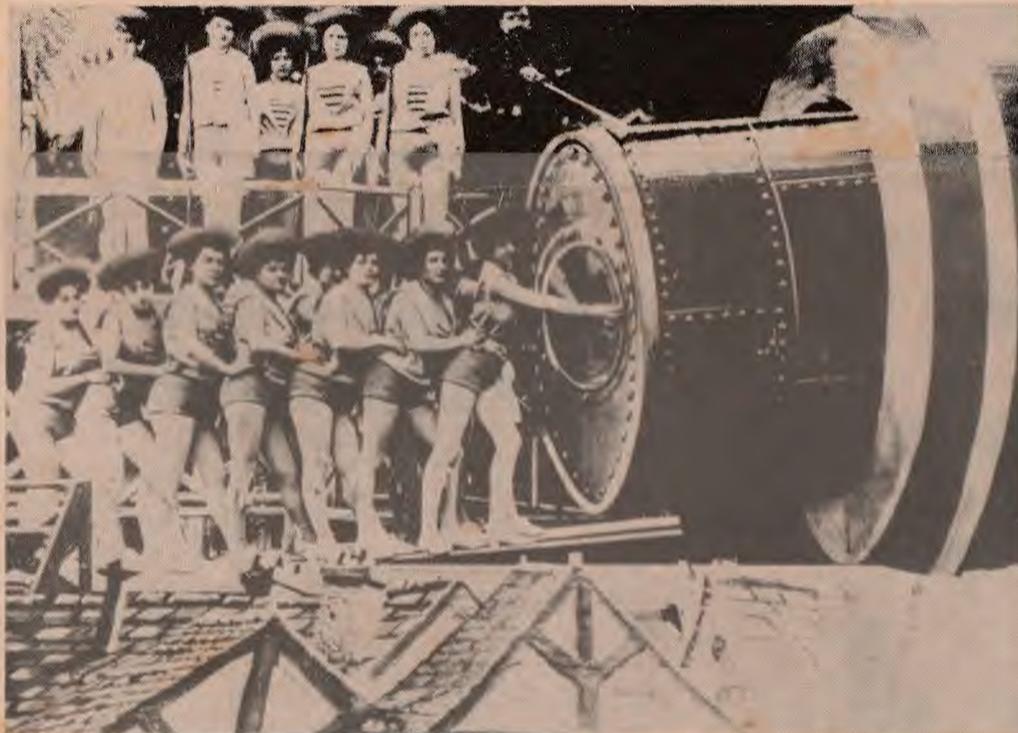
Los trucos eran imaginativos, numerosos, a menudo sorprendentes: en un film de 1902 Méliès aparece a la vez en siete personajes ocupando la pantalla. Los ambientes variaban desde el espacio de los viajes interplanetarios hasta las profundidades o los hielos polares. Pero nunca Méliès cometía el error de intentar hacer creer en esas fantasías: al contrario, colocaba coristas saludando la partida del cohete a la Luna, y ésta aparecía con el habitual rostro dibujado hasta que un gesto de sorpresa surge cuando el cohete le aluniza en un ojo. Innumerables hadas se columpiaban de las estrellas, y a veces enormes demonios podía surgir del mar. El mismo Méliès aparecía como intérprete en muchísimas películas, aportando la continuidad de un dato visual a su extensa obra. Algunos trucos fueron revelados en seguida o imitados por los competidores; pero otros sólo pudieron ser conocidos cuando el mismo Méliès los explicó. En 1902 hizo varios films donde una figura humana se agranda o achica en medio de un ambiente "normal", y para una de esas películas, *El hombre de la cabeza de caucho*, diseñó un truco cuya cuidadosa ejecución nadie puede descubrir hasta que el mismo Méliès se lo contó a un periodista en 1925.

Pero no se trataba sólo de los trucos. Había que apreciar, también, el sentido expositivo con que Méliès dosificaba el tiempo de sus films, con el objeto de alimentar una curiosidad, sostener un efecto, desarrollar un misterio, y poder avanzar a una primera culminación y después a una segunda logrando mantener el interés. En esos films de pocos minutos se estaba practicando no sólo el truco cinematográfico cuyos principios seguirían vigentes muchas décadas después; también se practicaba una manera de tener espectadores interesadamente concentrados en la pantalla.

Esos films breves, fantasiosos, ingenuos, llegaron a conocer, inevitablemente, una época cuyas exigencias no iban a poder cubrir. En 1913 la empresa de filmación (los primeros construidos especialmente para el cine) se convierten en un teatro. En 1923 Méliès pierde también este teatro, y su futuro es más incierto: en 1928 un periodista lo descubre vendiendo golosinas en un pequeño comercio dentro de la estación Montparnasse. El reconocimiento llegará sin embargo. Desde este momento Méliès es un nombre apreciado y revalorado, y en 1932 pasa a residir en la casa que una mutual de artistas retirados tiene en Orly. Cuando muere en enero de 1938, a los 76 años, mucha gente del cine lamenta la pérdida de una de sus personalidades pioneras e importantes.

Es interesante repasar esa historia, y más útil aún acercarse a la oportunidad de tener cerca aquellos tramos iniciales y decisivos del desarrollo del cine.

Luis Elbert



Eclipse de soleil en pleine lune